



La narración como un oficio y como el arte de des-ocultar lo que está velado en *Veladuras* de María Teresa Andruetto.

Allegrucci Valeria Cecilia (FAHCE-UNLP)

“Escribir también es no hablar. Es callarse. Es aullar sin ruido”
Marguerite Duras, *Escribir*.

*“Has venido a este mundo que no entiende nada sin palabras,
casi sin palabras”*
Antonio
Porchia, *Voces*.

Introducción

El objetivo de este trabajo es mostrar cómo se va construyendo la voz narrativa en la novela *Veladuras* de María Teresa Andruetto, teniendo en cuenta que detrás de la voz que narra hay múltiples voces. Rosa Mamaní es la protagonista y la voz que narra la historia pero su voz está atravesada por las historias de los otros, por la voz misma del paisaje de la puna jujeña, que se escucha en las bagualas, en el silencio de los cerros y en las recetas que sabe cocinar su abuela. Entonces, decimos que la voz que narra es a su vez una voz narrada, ya que Rosa Mamaní en la medida que se narra a sí misma está siendo narrada por su padre y por su abuela, por la memoria que otros conservan de un lugar, por todo ese saber que le viene de ese norte que irá construyendo en su relato.

Narrar es un oficio y así como en el trabajo de las veladuras, en que lo nuevo se vuelve viejo y se cubre lo que está roto y expuesto, a partir de una técnica; en el acto de narrar, lo que hacemos, de manera inversa, es otorgarle un sentido a nuestra experiencia. La narración utiliza la palabra como herramienta para desenterrar o des-ocultar lo que no se nos revela, lo que se nos escapa. Sólo narrando nuestra historia comprendemos quiénes somos. Andruetto reflexiona sobre este punto: “encontrar eso que somos y que con palabras se construye (...) La escritura nos conduce a través del lenguaje, como si el lenguaje fuera –lo es- un camino que nos llevara a nosotros mismos”. (Andruetto, 2001: 39)

La memoria, que tiene un lugar importante en la narrativa de Andruetto, es fundamental para reconstruir toda historia ya que cuando no hay recuerdo porque no hay una voz que narre esa historia, ante el olvido, aparece la invención y el acto de narrar y ser

narrado se vuelve un arte. Toda la novela está hecha de palabras y sobretodo de espacios hechos de silencios, que la autora irá articulando en el texto, que como un cuerpo viviente, respira y no está acabado definitivamente.

¿Cómo comienza una historia? La escritura como movimiento.

La historia de Rosa Mamaní comienza con una pregunta, que pueden ser varias preguntas, que tiene que ver con su propio origen. Rosa vive en Córdoba con su hermana y con sus padres. Un día llega a sus vidas una mujer llamada Gregoria de la que se enamora su padre y esa llegada es el acontecimiento que irrumpe para siempre en la vida de Rosa y a partir del cual se irá articulando su propia historia personal. Ella nos va revelando a través de una conversación con una “doctora” lo que ha sucedido. Las palabras tienen ese poder de hurgar en la memoria para traer a la luz los hechos y empezar a comprenderlos. Lo que Rosa no imagina es que su historia comienza antes de que ella comience a narrarla. Esa historia tiene que ver con su padre, con su abuela, también llamada Rosa, con Gregoria y con el mundo que los rodea, que es la vida en un pueblo lindero a Susques, en Jujuy. Cuando Rosa comienza a contar su historia, se empieza a dar cuenta de que ella pertenece a ese mundo de la puna y es a través del conflicto que se ha desatado con el transcurrir de la narración, que ella siente que no puede ni quiere estar en otro lugar que no sea el norte jujeño. En ese lugar se origina su propia historia incluso antes de que conociera las palabras para nombrarlo. Rosa recuerda cuando iban al norte en la época del carnaval: “Es que, como digo, se le habían quedado en el alma estos cerros, y nos dio eso a nosotras para siempre, porque no sé a mi hermana pero lo que es a mí me vino para no irse el amor a esta tierra.” (Andruetto, 2005: 12)

El punto de partida de Rosa para empezar a contar su historia es el presente en el norte al que ha elegido para vivir, o mejor dicho, el lugar en donde se ha refugiado como restauradora de santos. Allí aprende a hacer las veladuras y los falsos acabados. Así lo define en la novela: “Porque se pinta para que parezca piedra, mármol o madera con sus vetas, sus manchas y sus cogollos...aunque no sean verdaderos a mí igual me gustan, hacen que después de mucho cubrir y sobar, todo quede al fin bastante bien” (Andruetto, 23) La palabra veladura que da título a la novela tiene que ver con tapar algo u ocultar. Rosa va expresando con ese lenguaje de la pintura lo que ella siente adentro suyo. El mundo que simboliza su oficio se confunde con su propia vida:

“Primero uno cubre todo y después va sobando de a poco lo que tiene soterrado, que es siempre lo que duele y lo que hay que soliviar. Es de ese modo como se cubre lo que estaba expuesto...si al alma de uno le fuera bien hacerle veladuras, seguro que lo que duele se pondría opaco y no se sufriría más.”(Andruetto, 24)

Así logra poner en palabras lo que le sucede mientras trabaja con sus manos en las veladuras de los santos:

“Me gustan estos menesteres porque se cubre lo que está debajo pero igual se ve. Es lo que pasa con lo que está velado: se ve mejor que cuando queda expuesto (...) se llama betún de Judea y es lo que me dan acá en San Salvador para que tape las imágenes y lo que es nuevo se vuelva viejo y se cubra lo que estaba roto.” (Andruetto, 24)

La misma técnica de las veladuras que se utiliza con los santos puede aplicarse a la narradora y a su modo de narrar la historia: “lo mismo le pasa a uno, me parece: maltrata el alma hasta que la pena queda lisa y toma su color de oro o de nogal.” (Andruetto, 32) Desde ese lugar, el pueblo lindero a Susques donde nació su padre y el lugar donde su abuela tenía su rancho y sus guanaquitos, un lugar que ahora es suyo, Rosa vuelve atrás en el tiempo para recordar los hechos. Se presenta y se siente parte de ese mundo:

Me pusieron el nombre de mi abuela, así me llamo, y eso es lo primero que me viene al pensamiento (...) Tengo su nombre y me gustan las cosas que a ella le gustaban, y tengo estas facilidades de hacer mis cacharritos como ella hacía y cocerlos con leña de llama y de guanaco. Y también tengo de ella el amor por estos cerros, por los ferrites y la arena roja y amarilla. (Andruetto, 33)

Es así como nos va revelando de a poco la historia que va estructurando en una conversación con su doctora. Mientras Rosa habla, el mundo que sus palabras dicen, callan y hasta inventan, va tomando forma. Andruetto esboza una definición acerca de la voz que narra: “Un narrador es por sobre todo la conciencia del relato, la conciencia a través de la cual pasan los hechos contados (...) el narrador cuenta su particular modo de ver los hechos; ya que las cosas no son lo que son de un modo absoluto”. (Andruetto: 2005: 1) La narración que la narradora va haciendo de ella misma y de los otros tiene las características de un relato oral. En algunas ocasiones parte de una idea que vuelve a retomar luego para no perder el hilo de lo que viene contando. Andruetto trabaja con el lenguaje cotidiano otorgándole una intensidad

singular a las palabras, que se observa en la repetición de algunas frases, en volver a decir lo mismo de distintas maneras, en los silencios que se plantean con los espacios en blanco sobre la hoja y en la puntuación. Estos silencios en el relato nos invitan a pensar, nos dejan respirar por un momento.

El relato planteado como una conversación, le da a la historia cierta espontaneidad. La fugacidad irrepitable de la palabra dicha y la idea de que lo que se dice podría haber sido pronunciado de otra forma y entonces podría haber surgido otra historia. No hay una única manera de contar ya que se narra de acuerdo a las posibilidades de cada uno. Andruetto nos dice que todos podemos narrar nuestra propia historia y realizarnos en las palabras, que es semejante a la idea de que la palabra puede curar o liberar a quién la conjura. El lenguaje que utiliza está repleto de palabras como “aquerenciarse”, “quenas”, “bagualas” y frases que tienen que ver con un registro y una manera de decir que nos acercan al paisaje jujeño como “quedarse apeñuscado” o “el olor a melaza y a tamales”. Además encontramos fragmentos de canciones: “Si me voy pa’los cerros...” (Andruetto, 14) o “Ramito de albahaca, Niña Yolanda, donde andará” (Andruetto, 44) y recetas culinarias que sabía cocinar Gregoria y su abuela como “chanfaina”, “dulces de cayote” y “empanadillas de pelones”.

La inserción de las canciones y las coplas aporta una musicalidad a la historia, que nos acercan a los misterios de esos cantos que son como desgarros y el relato se quiebra como la voz que entona una copla. La función de estas coplas es quedar flotando entre las palabras y a su vez sonar como un fondo musical a lo largo de la historia. En el relato de Rosa hay muchos silencios y pausas que marcan un ritmo, que nos suspenden por un instante y esos espacios en blanco, que ya mencionamos anteriormente, los podría utilizar la autora, en general, en muchos de sus libros para mostrar lo fragmentaria que se vuelve una historia. Esta idea nos habla de que las historias no son algo completo y perfecto sino que están hechas de quiebres, de olvidos y de retazos que hay que ir juntando. De eso se encarga la memoria, que va armando la historia como si fuera un collage de imágenes que va rescatando y uniendo. Cuando la memoria no puede juntar las partes del relato es que aparecen los vacíos y la necesidad de inventar, a través de la palabra, como un modo de recuperar aquello que hemos perdido, aquello que nos falta.

Un mundo que no se parece a ninguno.

Gregoria viene del norte a trabajar como sirvienta. Desde el principio el padre de Rosa parece no estar contento con que casi todas las mujeres que vienen de su tierra, vengan a

servir. Como dice Rosa cuando la describe: “Gregoria fue a vivir a nuestra casa y llegaron con ella todos los problemas, porque no vino sola sino con todo lo que era y entonces pasó aquello con mi padre.” (Andruetto, 17) Gregoria representa ese mundo que anhela el padre de Rosa y ella misma aún sin saberlo. Ese mundo que no se parece a ninguno, que tiene que ver con los colores de la tierra, los silencios de los cerros y el lugar de donde es la abuela Rosa. Gregoria empieza a quedarse sola con el padre de Rosa por las mañanas porque trabaja a la tarde y están ellos dos en la casa. Es en ese contexto que empiezan a hacer cosas juntos como cantar algunas canciones del norte o cocinar alguna comida y se enamoran: “entonces así ha de haber sido que a mi padre le nació otra vez el amor por esta tierra y el amor también por ella” (Andruetto, 28) Rosa no se parece físicamente a su padre, ni a su abuela Rosa ni a Gregoria. No es como ellos por fuera pero se siente igual a ellos adentro suyo:

Aunque no me parezca a ella, de la parte de afuera y de la cara, soy como mi abuela Rosa y como mi padre, y como Gregoria casi estoy diciendo, y esto me pasa porque me llamo Rosa Mamaní, como le he dicho, y me gustan estas cosas que me gustan. (Andruetto, 38)

Cuando la madre de Rosa se entera de que Gregoria y su padre están enamorados, ya no hay nada que hacer. El padre de Rosa tiene que irse de la casa y también Gregoria que está embarazada. En este sentido, es que las cosas ya no pueden volver a ser lo que eran cuando el padre le dice a Rosa tal vez anticipando lo que le va a ocurrir a él: “No se puede contra lo que no se puede” (Andruetto, 44) Esto significa para Rosa que su padre no puede olvidar el mundo que se abre con Gregoria, como si fuera un aroma o un sonido conocido en la infancia:

Mi padre la escuchaba cantar esos cantos que él también cantaba, ha de haber escuchado otra vez como suena este mundo que él mentaba siempre, porque no había en ninguna parte lunas como éstas que nacen sobre el cerro y porque –bien sabe- el cielo de acá, de estos linderos donde ahora estoy con mis enseres, es más celeste que ninguno... (Andruetto, 44)

Rosa empieza a comprender que su padre tenía que quererla a Gregoria porque ella estaba sola en el mundo, como antes había estado su padre:

Entonces es claro que él tuvo que quererla a ella, más que a nosotras tuvo que quererla, porque ella era del mundo de él, del mismo mundo y del mismo modo era, y estaba sola, porque cuando vino a nuestra casa estaba sin familia y no tenía padre, era como mi papá estoy pensando ahora... (Andruetto, 44)

Cuando el padre de Rosa se suicida colgándose de la rama de un árbol, Rosa empieza a desandar el camino transitado hasta entonces y a buscar en sus orígenes lo que necesita para no sucumbir después de ese hecho. Entonces siente un dolor en los huesos y empieza a escuchar los pájaros en su cabeza sin poder reconocer si esos pájaros están dentro o fuera de su cabeza. Su madre la interna en la “Casa del Descanso” y Rosa se escapa con un dinero que roba hacia el norte y allí comienza con el oficio de las veladuras y a contar su propia historia a una doctora para poder comprender lo que pasó y de esa manera liberar las palabras o los silencios que guarda en su alma.

Conclusión

Decimos que Rosa, la voz que narra y a su vez la protagonista de esta novela encuentra su lugar y comprende quién es a través de las palabras que la han narrado y las palabras que ella ha elegido para contarse a sí misma. Contar una historia es un oficio, como el de las veladuras de los santos, que tiene que ver con desenterrar lo que está guardado y con ponerle nombres a las cosas que nos suceden para poder comprender quienes somos. Siempre volvemos a contar nuestra historia porque una historia no es algo acabado para siempre y porque nosotros cada vez que contamos una historia, nunca somos los mismos. Así concluye la novela:

Regresan (...) las penas que tenemos para que uno las repare (...) con veladuras, con betunes o con falsos acabados, como se puedan se reparan, digo yo, que no es como uno quiere, sino como se puede. Vuelven las penas (...) para que uno las sobe muchas veces, hasta que queden lisas, suavécitas y todo se ponga bien. (Andruetto, 63)

Bibliografía

- Andruetto, M. T. (2001), “Pasajero en tránsito”. En: *El I Congreso Internacional de Literatura Infantil y Juvenil organizado por el Centro de Propagación de Literatura Infantil y Juvenil (Ce.Pro.Pa.L.I.J.), de la Universidad Nacional del Comahue (Cipolletti, provincia de Río Negro)*
- Andruetto, M. T. (2005), *Veladuras*, Buenos Aires, Norma.
- Andruetto, M. T. (2005), Algunas cuestiones sobre la voz narrativa y el punto de vista. Conferencia 23 de Agosto. Módulo 2 tema 3: la voz en la literatura infantil y juvenil.